

ZAPATOS ROTOS

El buen Godofredo no podía reírse como lo hacían sus compañeros. Sus amigos se burlaban de Basilio y de sus zapatos remendados, pero el corazón de Godofredo sufría al ver los esfuerzos de Basilio por retener las lágrimas que asomaban a sus ojos. Tan crueles eran los muchachos, que, aun cuando Basilio se alejaba de ellos, lo perseguían con gritos burlones y llamándole con un sobrenombre que le habían puesto días atrás: -¡Zapatitos remendados! -le gritaban. La escena se repitió muchas veces y siempre causó gran pena a nuestro amiguito Godofredo. Cuando el resto de sus compañeros seguía en pos de Basilio, burlándose y molestándolo con sus gritos y bromas pesadas, Godofredo se quedaba aparte del grupo, buscando la mejor manera de aproximarse al infortunado y ofrecerle su amistad.

Basilio era un muchacho pobre y no tenía la suerte de poder llevar zapatos nuevos a la escuela. Los demás muchachos tenían zapatos nuevos y se complacían en torturar a este muchachito y molestarlo a causa del aspecto de sus zapatos viejos.

Una tarde, cuando Basilio huía de los acostumbrados insultos, Godofredo se le acercó y con una sonrisa trató de demostrarle que deseaba ser su amigo.

-¡Vete, vete! ¿Tú también te burlas de mí? -fue la respuesta de Basilio, quien ya se había habituado a ser el centro y objeto de las pullas.

Godofredo se retiró apenado; pero mientras tanto pensaba:

"¡Pobre Basilio! No sabe que quiero ser su amigo"... y terminó en alta voz: "pero ya encontraré la forma de mostrarle que realmente soy sincero".

Pero para convencer a un muchacho de cosa semejante, se requiere una habilidad especial; y, aunque Godofredo era amigable y de naturaleza simpática, tuvo que pensar largo rato hasta encontrarle solución al problema.

Durante las clases siguientes Godofredo no oía nada de lo que la maestra enseñaba a la clase. Estaba tan enfrascado en sus pensamientos buscando la solución de su problema, que, en cierta ocasión cuando la maestra le hizo una pregunta, no la pudo contestar. Esto sorprendió a todos, pues nuestro amiguito era muy listo y uno de los mejores alumnos de la clase.

Cuando terminaron las clases del día vio a Basilio que se alejaba a la carrera para no ser visto por el grupo de muchachos. Sin embargo, éstos lo vieron, y con toda seguridad que Basilio oyó los gritos "¡Zapatitos remendados! ¡Zapatitos remendados!" con que lo despidieron y que resonaron en los oídos de Godofredo, apenando su corazón.

-Basilio no tiene zapatos nuevos, como nosotros -dijo Godofredo a sus compañeros-, porque su padre ha estado enfermo muchas veces y no ha podido trabajar.

Estas palabras no surtieron ningún efecto en sus amigos, quienes continuaron gritando, y riéndose de Basilio. Godofredo todavía no había encontrado la solución al problema, y el resto de la tarde transcurrió rápidamente sin que se le ocurriera nada.

Cuando se fue a la cama, se durmió deseando poder demostrar a Basilio que realmente quería ser su amigo. Pero, ¿cómo?

A la mañana siguiente se despertó con una idea que lo hizo salir de la cama como muy pocas veces lo hacía. Se levantó de un salto. Se vistió apresuradamente, y se introdujo en el armario de la ropa, donde trabajó con tanto entusiasmo, que su mamá tuvo que llamarlo dos veces antes que bajara a desayunar.

Casi llegó tarde a la escuela, pero estaba satisfecho porque había trabajado muy duramente para lograr su meta, que era la amistad de Basilio.

Durante el primer recreo, Godofredo se mostró mucho más activo que de costumbre. Corrió, pateó piedras y la pelota, y se trepó por las cuerdas y columpios, buscando siempre llamar la atención a sus zapatos.

Algunos de sus compañeros lo vieron, y uno de ellos dijo en tono bajo:

-Tiene zapatos remendados; ¿viste? Pero aunque lo dijo en voz muy baja, Godofredo lo oyó, y eso era lo único que esperaba. -¡Por supuesto! -les gritó--, los uso para que no se gasten los nuevos.

Pero no les dijo cuánto había trabajado para que esos zapatos pareciesen tan viejos y gastados. Eso era lo que había hecho metido en el ropero, cuando su mamá tuvo que llamarlo dos veces. Hasta allí sus esfuerzos habían dado resultados, pues se estaba formando un grupo de muchachos, y también había algunas chicas que se unían, y todos alrededor miraban sus zapatos de aspecto desaliñado y roto.

A pesar de todo ninguno se reía de él. Todos eran sus amigos y creían que Godofredo tenía mucha razón al usar sus zapatos viejos con el objeto de no gastar los nuevos. Hacia el final del recreo, Godofredo divisó a Basilio que, solitario y triste, se había sentado a la sombra de un viejo peral. Mientras el corazón le golpeaba fuertemente, Godofredo se dirigió a Basilio, dispuesto a lograr su amistad una vez por todas. Adornando su rostro con la sonrisa más amable que podía imaginarse, marchó a grandes pasos, aplicando puntapiés a los guijarros y mostrando a Basilio que sus zapatos eran viejos. Los ojos del muchacho bajaron del rostro a los pies de Godofredo; y luego volvieron al rostro, y bajaron de nuevo a los pies, y volvieron a subir. Esta última vez, cuando Godofredo pensaba que todo había sido inútil, se dibujó una débil sonrisa en los labios de Basilio. ¡Había visto que ya no era el único centro de atracción!

Godofredo quería hablar a solas con Basilio, de manera que con tono amigable le dijo:

-Corramos una carrera, ¿quieres?

Nuevamente Basilio miró los zapatos de Godofredo, y luego alzó los ojos para estudiar el rostro de Godofredo. Esta vez una amplia sonrisa se extendía de oreja a oreja.

-¡Aceptado! -contestó.

Godofredo era el mejor corredor de la escuela y todos lo sabían, pero en esta carrera decidió quedarse un poco atrás y dar a Basilio la oportunidad de ganar. Cuando llegaron al otro extremo del patio, y se detuvieron brevemente para descansar, Godofredo dijo a su nuevo amigo:

-Basilio, yo tengo dos pares de zapatos, y quiero darte uno. Mi mamá me dio permiso. ¿No quisieras venir a casa conmigo esta noche a buscarlos?

Por un breve instante Basilio quedó con la cabeza gacha, fijos sus ojos en el suelo. Godofredo inmediatamente añadió:

-Así siempre andaremos con zapatos iguales. Algunos días usaremos los remendados y otras veces vendremos con los zapatos nuevos.

Con una sonrisa de agradecimiento Basilio contestó:

-¡Esto es lo mismo que tener un buen amigo!

-¡Es claro! -respondió Godofredo-. Siempre andaremos juntos y haremos muchas cosas juntos. Desde un principio quise demostrarte que deseaba ser tu amigo, y ahora me alegro porque me aceptaste.

ZIP

Por **Bernadine Beatie**

TAN pronto como Juanito llegó de la escuela se dio cuenta de que su perrito blanco y negro había vuelto a hacer alguna travesura, porque no salió a recibirlo al portón como de costumbre.

-¡Zip! ¡Zip! -llamó Juanito.

Zip salió arrastrándose de debajo de un arbusto. Tenía una de las orejas parada y la otra caída sobre su carita. Juanito no pudo aguantar la risa. Cuando Zip oyó que Juanito se reía, comenzó a saltar y a correr en círculos.

La madre apareció en el porche de adelante.

-Juanito -dijo-, Zip ya no es más un cachorro de modo que no puedo pasar por alto sus travesuras. Hoy cavó un hoyo debajo de la cerca y arruinó el cantero de flores de la Sra. Colman. ¡Tienes que enseñarle a portarse bien!

-Sí, mamá -prometió Juanito. Pero Zip era tan divertido y bonito que Juanito no tuvo corazón de regañarlo. En cambio ayudó a la Sra. Colman a replantar sus flores.

Al día siguiente la mamá lavó una de las frazadas y la colgó en la cuerda. Cuando entró en la casa, Zip vio la frazada, la tomó por un extremo con la boca y comenzó a tironearla juguetonamente. Uno de los broches saltó de la cuerda. Tiró más, y saltó otro broche. Entonces dio un tirón fuerte y cayó el tercer broche y también la frazada. Entonces le pareció muy divertido arrastrarla por todo el patio.

Ese día cuando Juanito regresó de la escuela, la mamá dijo:

-Juanito, tendrás que hacer algo para enseñar a ese perro -y le contó lo que había ocurrido con la frazada.

-Muéstrale al perro la frazada -le dijo-, y haz que entienda por qué lo castigas.

Juanito trató de castigar a Zip, pero éste se puso a brincar a su alrededor como un payaso. Entonces saltó a los brazos de Juanito y le lamió la cara. Este tuvo que reírse. Se olvidó de castigarlo y comenzó a jugar con él en el patio.

Esa noche Juanito oyó que la mamá le decía al papá:

-Parece que Juanito no puede hacer nada con ese perro. Hay sólo una cosa que puede hacerse: ¡Regalar a Zip! Más tarde le conseguiremos un buen perro al cual se le haya enseñado a obedecer. Juanito retuvo el aliento. No quería un perro lindo sino a Zip... y sólo a Zip.

-Dale unos días más a Juanito -sugirió el papá-. Quizás enseñe a Zip cómo comportarse.

Juanito no podía dormir. Ahora le pesaba no haber castigado a Zip por sus travesuras. De pronto se acordó de un cartel que había visto en una tienda donde vendían perros, frente a la cual tenía que pasar cuando iba a la escuela. El anuncio decía: "Se entrenan perros". Decidió pues ir a ver al Sr. López, el propietario de la tienda.

De manera que al día siguiente se levantó más temprano que de costumbre, se alistó y salió para la escuela. Al llegar al comercio, se detuvo para conversar con el Sr. López.

-Sí, es verdad, yo entreno perros -le informó el Sr. López-, pero eso cuesta mucho dinero.

-Yo tengo tres pesos y ochenta centavos que he estado ahorrando para comprar una pelota de fútbol -respondió Juanito-. Pero si Zip no aprende a portarse bien, temo que mamá lo regalará.

-Y no se lo tomo a mal -comentó el Sr. López-. Un perro desobediente es casi tan feo como un chico desobediente. Zip es tu perro y tú eres responsable de su comportamiento.



Juanito quedó pensativo.

-Nunca lo pensé así. Me parecía que Zip era muy divertido.

-Mira lo que haré, Juanito. Te prestaré un libro que enseña cómo adiestrar perros. Si eres constante y paciente, tú mismo lo puedes adiestrar. Evidentemente no es un perro malo, sino echado a perder. El dueño de la tienda de animales le prestó también a Juanito un collar y le mostró cómo ponérselo a Zip. Y Juanito se lo puso.

-¿Lo lastimará? -quiso saber Juanito.

-Solamente cuando desobedezca -le aseguró el caballero. Y ni aun entonces lo lastimará, pero le recordará que debe obedecer.

Esa tarde Juanito comenzó a trabajar con Zip. Le puso el collar al cual ató una correa. Luego, de acuerdo con las instrucciones del libro, le ordenó que lo siguiera. Comenzó a caminar lentamente, manteniendo tirante la correa. Cada vez que Zip saltaba o trataba de adelantarse, el collar le apretaba la nuca. Zip dio unos aullidos y miró a su amo como rogándole que lo soltara.

Juanito tuvo la tentación de arrodillarse al lado de su perro y consolarlo, como siempre solía hacerlo. En cambio continuó dándole órdenes suavemente, hasta que Zip lo siguió bien de cerca, como se esperaba de él. Juanito se dio cuenta de que Zip aprendía con mucha facilidad. Antes de mucho sabía obedecer las órdenes que su amo le daba aun cuando no lo tuviera por la correa. Aprendió a buscar objetos y a traerlos, a mantenerse alejado de los canteros de flores y cosas por el estilo. Cuando hacía bien lo que le ordenaba, Juanito lo elogiaba y lo acariciaba y Zip parecía estremecerse de alegría cuando recibía la aprobación de su amo, como si se hubiera enorgullecido de agradarle.

Los padres de Juanito se quedaron asombrados ante los progresos de Zip.

En la ocasión en que Juanito le dio la orden, y Zip trajo el diario de la tarde y se lo entregó al papá, la madre tuvo que admitir que Zip había cambiado mucho.

-¡Muy bien! -lo alabó la madre, acariciándolo-. Llegarás a ser un buen perro.

Juanito interpretó lo que su madre decía como una promesa de que él podría seguir teniendo a Zip. Y resolvió enseñarle muchas cosas más. Comprendió que el Sr. López tenía razón. Era mucho más interesante ser dueño de un perro bien educado que de un perro desobediente, y también comprendió que él era responsable del comportamiento de su perro.